

**Andrés Bello**

# **Gramática de la libertad**

Textos sobre lengua y  
literatura

**Iván Jaksic, Fernando Lolas  
y Alfredo Matus Olivier,  
compiladores**

Fondo de Americanistas y  
Facultad de Filosofía y Humanidades

## DISCURSO PRONUNCIADO EN LA INSTALACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE EL DÍA 17 DE SEPTIEMBRE DE 1843<sup>1</sup>

Excmo. Sr. Patrono de la Universidad:  
Señores:

El consejo de la universidad me ha encargado expresar a nombre del cuerpo nuestro profundo reconocimiento, por las distinciones y la confianza con que el supremo gobierno se ha dignado honrarnos. Debo también hacerme el intérprete del reconocimiento de la universidad por la expresión de benevolencia en que el señor ministro de instrucción pública se ha servido aludir a sus miembros. En cuanto a mí, sé demasiado que esas distinciones y esa confianza las debo mucho menos a mis aptitudes y fuerzas, que a mi antiguo celo (ésta es la sola cualidad que puedo atribuirme sin presunción), a mi antiguo celo por la difusión de las luces y de los sanos principios, y a la dedicación laboriosa con que he seguido algunos ramos de estudio, no interrumpidos en ninguna época de mi vida, no dejados de la mano en medio de graves tareas. Siento el peso de esta confianza; conozco la extensión de las obligaciones que impone; comprendo la magnitud de los esfuerzos que exige. Responsabilidad es ésta, que abrumaría, si recayese sobre un solo individuo, una inteligencia de otro orden, y mucho mejor preparada que ha podido estarlo la mía. Pero me alienta la cooperación de mis distinguidos colegas en el consejo y el cuerpo todo de la universidad.

La ley (afortunadamente para mí) ha querido que la dirección de los estudios fuese la obra común del cuerpo. Con la asistencia del consejo, con la actividad ilustrada y patriótica de las diferentes facultades; bajo los auspicios del gobierno, bajo la influencia de la libertad, espíritu vital de las instituciones chilenas, me es lícito esperar que el caudal precioso de ciencia y talento, de que ya está en posesión la universidad, se aumentará, se difundirá velozmente, en beneficio de la religión, de la moral, de la libertad misma, y de los intereses materiales.

---

<sup>1</sup> Publicado en folleto en Santiago, Impr. del Estado, 1843, 38 pp; en los *Anales de la Universidad de Chile*, 1843, t. 1, pp. 139-152; también publicado en la edición chilena de sus *Obras*, t. VIII, pp. 303-318.

La universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (que yo no separo de la religión) es la vida misma de la sociedad; la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales. Lo que enturbie la pureza de la moral, lo que trabe el arreglado, pero libre desarrollo de las facultades individuales y colectivas de la humanidad —y digo más— lo que las ejercite infructuosamente, no debe un gobierno sabio incorporarlo en la organización del estado. Pero en este siglo, en Chile, en esta reunión, que yo miro como un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual; en esta reunión, que, por una coincidencia significativa, es la primera de las pompas que saludan al día glorioso de la patria, al aniversario de la libertad chilena, yo no me creo llamado a defender las ciencias y las letras contra los paralogismos del elocuente filósofo de Ginebra, ni contra los recelos de espíritus asustadizos, que con los ojos fijos en los escollos que han hecho zozobrar al navegante presuntuoso, no querrían que la razón desplegara jamás las velas, y de buena gana la condenarían a una inercia eterna, más perniciosa que el abuso de las luces a las causas mismas porque abogan. No para refutar lo que ha sido mil veces refutado, sino para manifestar la correspondencia que existe entre los sentimientos que acaba de expresar el señor ministro de instrucción pública y los que animan a la universidad, se me permitirá que añada a las de su señoría algunas ideas generales sobre la influencia moral y política de las ciencias y de las letras, sobre el ministerio de los cuerpos literarios, y sobre los trabajos especiales a que me parecen destinadas nuestras facultades universitarias en el estado presente de la nación chilena.

Lo sabéis señores, todas las verdades se tocan, desde las que formulan el rumbo de los mundos en el piélago del espacio; desde las que determinan las agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia; desde las que resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos; desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, hasta las que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas; hasta las que sientan las bases incommovibles de la moral; hasta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gérmenes

industriales; hasta las que dirigen y fecundan las artes. Los adelantamientos en todas líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan. Y cuando digo "*los adelantamientos en todas líneas*", comprendo sin duda los más importantes a la dicha del género humano, los adelantamientos en el orden moral y político. ¿A qué se debe este progreso de civilización, esta ansia de mejoras sociales, esta sed de libertad? Si queremos saberlo, comparemos a la Europa y a nuestra afortunada América, con los sombríos imperios del Asia, en que el despotismo hace pesar su cetro de hierro sobre cuellos encorvados de antemano por la ignorancia, o con las hordas africanas, en que el hombre, apenas superior a los brutos, es, como ellos, un artículo de tráfico para sus propios hermanos. ¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fue la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada, después de una larga época de oscuridad, por el espíritu humano? Allí, allí tuvo principio este vasto movimiento político, que ha restituido sus títulos de ingenuidad a tantas razas esclavas; este movimiento, que se propaga en todos sentidos, acelerado continuamente por la prensa y por las letras; cuyas ondulaciones, aquí rápidas, allá lentas, en todas partes necesarias, fatales, allanarán por fin cuantas barreras se les opongan, y cubrirán la superficie del globo. Todas las verdades se tocan, y yo extendiendo esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquélla y éstas. Yo creo, por el contrario, que existe, que no puede menos de existir, una alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza. Si entendimientos extraviados han abusado de sus conocimientos para impugnar el dogma, ¿qué prueba esto, sino la condición de las cosas humanas? Si la razón humana es débil, si tropieza y cae, tanto más necesario es suministrarle alimentos sustanciosos y apoyos sólidos. Porque extinguir esta curiosidad, esta noble osadía del entendimiento, que le hace arrostrar los arcanos de la naturaleza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin hacerlo, al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo que es bello, generoso, sublime, santo; sin emponzoñar las fuentes de la moral; sin afeardar y envilecer la religión misma. He dicho que todas las verdades se tocan; y aun no creo haber dicho bastante. Todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una. No se puede paralizar una fibra (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen.

Las ciencias y las letras, fuera de este valor social, fuera de barniz de amenidad y elegancia que dan a las sociedades humanas, y que debemos contar también entre sus beneficios, tienen un mérito suyo, intrínseco, en cuanto aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama; placeres exquisitos, a que no llega el delirio de los sentidos; goces puros, en que el alma no se dice a sí misma:

*Medio de fonte leporum  
surgit amari aliquid,  
quod in ipsis floribus angit.*  
(Lucrecio)

De en medio de la fuente del deleite  
un no sé qué de amargo se levanta,  
que entre el halago de las flores punza.

Las ciencias y la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos y vigili­as que se les consagran. No hablo de la gloria que ilustra las grandes conquistas científicas, no hablo de la aureola de inmortalidad que corona las obras del genio. A pocos es permitido esperarlas. Hablo de los placeres más o menos elevados, más o menos intensos, que son comunes a todos los rangos en la república de las letras. Para el entendimiento, como para las otras facultades humanas, la actividad es en sí misma un placer: placer que, como dice un filósofo escocés<sup>2</sup>, sacude de nosotros aquella inercia a que de otro modo nos entregaríamos en daño nuestro y de la sociedad. Cada senda que abren las ciencias al entendimiento cultivado, le muestra perspectivas encantadas; cada nueva faz que se le descubre en el tipo ideal de la belleza, hace estremecer deliciosamente el corazón humano, criado para admirarla y sentirla. El entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditación las mil voces del coro de la naturaleza: mil visiones peregrinas revuelan en torno a la lámpara solitaria que alumbra sus vigili­as. Para él sólo, se desenvuelve en una escala inmensa el orden de la naturaleza; para él sólo, se atavía la creación de toda su magnificencia, de todas sus galas. Pero las letras y las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (después de la humilde y contenta resignación del

---

<sup>2</sup> Tomás Brown. (Nota de Bello).

alma religiosa) el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso. Sócrates, en vísperas de beber la cicuta, ilumina su cárcel con las más sublimes especulaciones que nos ha dejado la antigüedad gentílica sobre el porvenir de los destinos humanos. Dante compone en el destierro su "*Divina Comedia*". Lavoisier pide a sus verdugos un plazo breve para terminar una investigación importante. Chénier, aguardando por instantes la muerte, escribe sus últimos versos, que deja incompletos para marchar al patíbulo:

*Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire  
anime la fin d'un beau jour,  
au pied de l'échafaud jessaie ancor ma lyre.*

Cual rayo postrero,  
cual aura que anima  
el último instante  
de un hermoso día,  
al pie del cadalso  
ensayo mi lira.

Tales son las recompensas de las letras; tales son sus consuelos. Yo mismo, aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios, y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices al alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aún más por mí; me alimentaron en mi larga peregrinación, y encaminaron mis pasos a este suelo de libertad y de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola.

Hay otro punto de vista, en que tal vez lidiaremos con preocupaciones especiosas. Las universidades, las corporaciones literarias, ¿son un instrumento a propósito para la propagación de las luces? Mas apenas concibo que pueda hacerse esa pregunta en una edad que es por excelencia la edad de la asociación y la representación; en una edad en que pululan por todas partes las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia; en la edad de los gobiernos representativos. La Europa, y los Estados Unidos de América, nuestro modelo bajo tantos respectos, responderán a ella.

Si la propagación del saber es una de sus condiciones más importantes, porque sin ella las letras no harían más que ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas, las corporaciones a que se debe principalmente la rapidez de las comunicaciones literarias hacen beneficios esenciales a la ilustración y a la humanidad. No bien brota en el pensamiento de un individuo una verdad nueva, cuando se apodera de ella toda la república de las letras. Los sabios de la Alemania, de la Francia, de los Estados Unidos, aprecian su valor, sus consecuencias, sus aplicaciones. En esta propagación del saber, las academias, las universidades, forman otros tantos depósitos, adonde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas; y de estos centros es de donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile ha sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la ley que le ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador.

Otros pretenden que el fomento dado a la instrucción científica se debe de preferencia a la enseñanza primaria. Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero, por eso mismo, creo necesario y urgente el fomento de la enseñanza literaria y científica. En ninguna parte, ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del género humano, sino donde han florecido de antemano las ciencias y las letras. No digo yo que el cultivo de las letras y de las ciencias traiga en pos de sí, como una consecuencia precisa, la difusión de la enseñanza elemental; aunque es incontestable que las ciencias y las letras tienen una tendencia natural a difundirse, cuando causas artificiales no las contrarían. Lo que digo es que el primero es una condición indispensable de la segunda; que donde no exista aquél, es imposible que la otra, cualesquiera que sean los esfuerzos de la autoridad, se verifique bajo la forma conveniente. La difusión de los conocimientos supone uno o más hogares, de donde salga y se reparta la luz, que, extendiéndose progresivamente sobre los espacios intermedios, penetre al fin las capas extremas. La generalización de la enseñanza requiere gran número de maestros competentemente instruidos; y las aptitudes de és-

tos sus últimos distribuidores, son, ellas mismas, emanaciones más o menos distantes de los grandes depósitos científicos y literarios. Los buenos maestros, los buenos libros, los buenos métodos, la buena dirección de la enseñanza, son necesariamente la obra de una cultura intelectual muy adelantada. La instrucción literaria y científica es la fuente donde la instrucción elemental se nutre y se vivifica; a la manera que en una sociedad bien organizada la riqueza de la clase más favorecida de la fortuna es el manantial de donde se deriva la subsistencia de las clases trabajadoras, el bienestar del pueblo. Pero la ley, al plantear de nuevo la universidad, no ha querido fiarse solamente de esa tendencia natural de la ilustración a difundirse, ya que la imprenta da en nuestros días una fuerza y una movilidad no conocidas antes; ella ha unido íntimamente las dos especies de enseñanza; ella ha dado a una de las secciones del cuerpo universitario el encargo especial de velar sobre la instrucción primaria, de observar su marcha, de facilitar su propagación, de contribuir a sus progresos. El fomento, sobre todo, de la instrucción religiosa y moral del pueblo es un deber que cada miembro de la universidad se impone por el hecho de ser recibido en su seno.

La ley que ha restablecido la antigua universidad sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilización y a las necesidades de Chile, apunta ya los grandes objetos a que debe dedicarse este cuerpo. El señor ministro vicepatrono ha manifestado también las miras que presidieron a la refundición de la universidad, los fines que en ella se propone el legislador, y las esperanzas que es llamada a llenar; y ha desenvuelto de tal modo estas ideas, que, siguiéndole en ellas, apenas me sería posible hacer otra cosa que un ocioso comentario a su discurso. Añadiré con todo algunas breves observaciones que me parecen tener su importancia.

El fomento de las ciencias eclesiásticas, destinado a formar dignos ministros del culto, y en último resultado a proveer a los pueblos de la república de la competente educación religiosa y moral, es el primero de estos objetos y el de mayor trascendencia. Pero hay otro aspecto bajo el cual debemos mirar la consagración de la universidad a la causa de la moral y de la religión. Si importa el cultivo de las ciencias eclesiásticas para el desempeño del ministerio sacerdotal, también importa generalizar entre la juventud estudiosa, entre toda la juventud que participa de la educación literaria y científica, conocimientos adecuados del dogma y de los anales de la fe cristiana. No creo necesario probar que ésta debiera



ser una parte integrante de la educación general, indispensable para toda profesión, y aun para todo hombre que quiera ocupar en la sociedad un lugar superior al ínfimo.

A la facultad de leyes y ciencias políticas se abre un campo el más vasto, el más susceptible de aplicaciones útiles. Lo habéis oído: la utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la universidad el gobierno; es lo que principalmente debe recomendar sus trabajos a la patria. Herederos de la legislación del pueblo rey, tenemos que purgarla de las manchas que contrajo bajo el influjo maléfico del despotismo; tenemos que despejar las incoherencias que deslustran una obra a que han contribuido tantos siglos, tantos intereses alternativamente dominantes, tantas inspiraciones contradictorias. Tenemos que acomodarla, que restituirla a las instituciones republicanas. ¿Y qué objeto más importante o más grandioso, que la formación, el perfeccionamiento de nuestras leyes orgánicas, la recta y pronta administración de justicia, la seguridad de nuestros derechos, la fe de las transacciones comerciales, la paz del hogar doméstico? La universidad, me atrevo a decirlo, no acogerá la preocupación que condena como inútil o pernicioso el estudio de las leyes romanas; creo, por el contrario, que le dará un nuevo estímulo y lo asentará sobre bases más amplias. La universidad verá probablemente en ese estudio el mejor aprendizaje de la lógica jurídica y forense. Oigamos sobre este punto el testimonio de un hombre a quien seguramente no se tachará de parcial a doctrinas antiguas; a un hombre que en el entusiasmo de la emancipación popular y de la nivelación democrática ha tocado tal vez al extremo. “La ciencia estampa en el derecho su sello; su lógica sienta los principios, formula los axiomas, deduce las consecuencias y saca de la idea de lo justo, reflejándola, inagotables desenvolvimientos. Bajo este punto de vista, el derecho romano no reconoce igual: se pueden disputar algunos de sus principios; pero su método, su lógica, su sistema científico, lo han hecho y lo mantienen superior a todas las otras legislaciones; sus textos son la obra maestra del estilo jurídico; su método es el de la geometría aplicado en todo su rigor al pensamiento moral”. Así se explica Eugène Lerminier, y ya antes Leibniz había dicho: *“In jurisprudentia regnat (Romani). Dixi saepius post scripta geometrarum nihil extare quod vi ac subtilitate cum Romanorum jurisconsultorum scriptis comparari possit; tantum nervi inest; tantum profunditatis”*.

La universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problemas menos vastos, ni de menos arriesgada resolución. La universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en éste, como en los otros ramos, el programa de la universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos; convergen a un centro: la patria.

La medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos; dictará las reglas de la higiene privada y pública; se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su germinación y de su actividad devastadora; y hará, en cuanto es posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar y reparar la salud. ¿Enumeraré ahora las utilidades positivas de las ciencias matemáticas y físicas, sus aplicaciones a una industria naciente, que apenas tiene en ejercicio unas pocas artes simples, groseras, sin procedimientos bien entendidos, sin máquinas, sin algunos aun de los más comunes utensilios; sus aplicaciones a una tierra cruzada en todos sentidos de veneros metálicos, a un suelo fértil de riquezas vegetales, de sustancias alimenticias; a un suelo, sobre el que la ciencia ha echado apenas una ojeada rápida?

Pero, fomentando las aplicaciones prácticas, estoy muy distante de creer que la universidad adopte por su divisa el mezquino "*cui bono*"? Y que no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos. Lo primero, porque, para guiar acertadamente la práctica, es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciación de sus fórmulas generales. La universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego. Y lo segundo, porque, como dije antes, el cultivo de la inteligencia contemplativa que descorre el velo a los arcanos del universo físico y moral, es en sí mismo un resultado positivo y de la mayor importancia. En este punto, para no repetirme, copiaré las palabras de un sabio inglés, que me ha honrado con su amistad. "Ha sido, dice el doctor Nicolás Arnott, ha sido una preocupación el creer que las personas instruidas así en las leyes generales tengan su atención

dividida, y apenas les quede tiempo para aprender alguna cosa perfectamente. Lo contrario, sin embargo, es lo cierto; porque los conocimientos generales hacen más claros y precisos los conocimientos particulares. Los teoremas de la filosofía son otras tantas llaves que nos dan entrada a los más deliciosos jardines que la imaginación puede figurarse; son una vara mágica que nos descubre la faz del universo y nos revela infinitos objetos que la ignorancia no ve. El hombre instruido en las leyes naturales está, por decirlo así, rodeado de seres conocidos y amigos, mientras el hombre ignorante peregrina por una tierra extraña y hostil. El que por medio de las leyes generales puede leer en el libro de la naturaleza, encuentra en el universo una historia sublime que le habla de Dios y ocupa dignamente su pensamiento hasta el fin de sus días”.

Paso, señores, a aquel departamento literario que posee de un modo peculiar y eminente la cualidad de pulir las costumbres; que afina el lenguaje, haciéndolo un vehículo fiel, hermoso, diáfano, de las ideas; que, por el estudio de otros idiomas vivos y muertos, nos pone en comunicación con la antigüedad y con las naciones más civilizadas, cultas y libres de nuestros días; que nos hace oír, no por el imperfecto medio de las traducciones siempre y necesariamente infieles, sino vivos, sonoros, vibrantes, los acentos de la sabiduría y la elocuencia extranjera; que, por la contemplación de la belleza ideal y de sus reflejos en las obras del genio, purifica el gusto, y concilia con los raptos audaces de la fantasía los derechos imprescriptibles de la razón; que, iniciando al mismo tiempo el alma en estudios severos, auxiliares necesarios de la bella literatura, y preparativos indispensables para todas las ciencias, para todas las carreras de la vida, forma la primera disciplina del ser intelectual y moral, expone las leyes eternas de la inteligencia a fin de dirigir y afirmar sus pasos, y desenvuelve los pliegues profundos del corazón, para preservarlo de extravíos funestos, para establecer sobre sólidas bases los derechos y los deberes del hombre. Enumerar estos diferentes objetos es presentaros, señores, según yo lo concibo, el programa de la universidad en la sección de filosofía y humanidades. Entre ellos, el estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia. Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas, que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen. ¿Hallaremos en el diccionario de Cervantes y de fray Luis de Granada —no quiero ir tan lejos— hallaremos, en el diccionario de Iriarte y Moratín,

medios adecuados, signos lúcidos para expresar las nociones comunes que flotan hoy día sobre las inteligencias medianamente cultivadas, para expresar el pensamiento social? ¡Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres; variadas por todas partes a nuestros ojos la materia y las formas; y viejas voces, vieja fraseología! Sobre ser desacordada esa pretensión, porque pugnaría con el primero de los objetos de la lengua, la fácil y clara transmisión del pensamiento, sería del todo inasequible. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad y aun a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio. ¿Es acaso distinta de la de Pascal y Racine, la lengua de Chateaubriand y Villemain? Y no transparente perfectamente la de estos dos escritores el pensamiento social de la Francia de nuestros días, tan diferente de la Francia de Luis XIV? Hay más: demos anchas a esta especie de culteranismo; demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jerigonzas, el caos babilónico de la edad media; y diez pueblos, perderán uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio.

La universidad fomentará, no sólo el estudio de las lenguas, sino de las literaturas extranjeras. Pero no sé si me engaño. La opinión de aquellos que creen que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos del examen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos, no encontrará muchos sufragios en la universidad. Respetando, como respeto las opiniones ajenas, y reservándome sólo el derecho de discutir-las, confieso que tan poco propio me parecería para alimentar el entendimiento, para educarle y acostumbrarle a pensar por sí, el atenernos a las conclusiones morales y políticas de Herder, por ejemplo, sin el estudio de la historia antigua y moderna, como el adoptar los teoremas de Euclides sin el previo trabajo intelectual de la demostración. Yo miro, señores, a Herder como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desarrollando en ella los designios de la Providencia y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina, sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud

un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas, que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente, que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores. Y lo que digo de la historia me parece que debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber. Se impone de este modo al entendimiento la necesidad de largos, es verdad, pero agradables estudios. Porque nada hace más desabrida la enseñanza que las abstracciones, y nada la hace fácil y amena, sino el proceder que, amoblando la memoria, ejercita al mismo tiempo el entendimiento y exalta la imaginación. El raciocinio debe engendrar al teorema; los ejemplos graban profundamente las lecciones.

¿Y pudiera yo, señores, dejar de aludir, aunque de paso, en esta rápida reseña, a la más hechicera de las vocaciones literarias, al aroma de la literatura, al capitel corintio, por decirlo así, de la sociedad culta? ¿Pudiera, sobre todo, dejar de aludir a la excitación instantánea, que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: hay incorrección en sus versos; hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es la obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que, en un momento de exaltación, poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino, de que, por una preocupación injusta, se las había creído privadas? Muestras brillantes, y no limitadas al sexo que entre nosotros ha cultivado hasta ahora casi exclusivamente las letras, la habían refutado ya. Ellos la han desmentido de nuevo. Yo no sé si una predisposición parcial hacia los ensayos de las inteligencias juveniles, extravía mi juicio. Digo lo que siento: hallo en esas obras destellos incontestables del verdadero talento, y aun con relación a algunas de ellas, pudiera decir, del verdadero genio poético. Hallo, en algunas de esas obras, una imaginación original y rica, expresiones felizmente atrevidas, y (lo que parece que sólo pudo dar un largo ejercicio) una versificación armoniosa y fluida, que busca de propósito las dificultades para luchar con ellas y sale airoso de esta arriesgada prue-

ba. La universidad, alentando a nuestros jóvenes poetas, les dirá tal vez: “Si queréis que vuestro nombre no quede encarcelado entre la cordillera de los Andes y la mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones generosas del talento; si queréis que os lea la posteridad, haced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Haced más: tratad asuntos dignos de vuestra patria y de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Safo; la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros, al tomar la pluma: Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes y puras:

*Musarum sacerdos,  
virginibus puerisque canto.*  
(Horacio)

¿Y cuántos temas grandiosos no os presenta ya vuestra joven república? Celebrad sus grandes días; tejed guirnalda a sus héroes; consagrad la mortaja de los mártires de la patria”. La universidad recordará al mismo tiempo a la juventud aquel consejo de un gran maestro de nuestros días: “Es preciso, decía Goethe, que el arte sea la regla de la imaginación y la transforme en poesía”.

¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante aserción; y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.

La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la universidad en todas sus diferentes secciones.

Pero no debo abusar más tiempo de vuestra paciencia. El asunto es vasto; recorrerlo a la ligera, es todo lo que me ha sido posible. Siento no haber ocupado más dignamente la atención del respetable auditorio que me rodea, y le doy las gracias por la indulgencia con que se ha servido escucharme.

# LA ARAUCANA

POR DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA<sup>1</sup>

Mientras no se conocieron las letras, o no era de uso general la escritura, el depósito de todos los conocimientos estaba confiado a la poesía. Historia, genealogías, leyes, tradiciones religiosas, avisos morales, todo se consignaba en cláusulas métricas, que, encadenando las palabras, fijaban las ideas, y las hacían más fáciles de retener y comunicar. La primera historia fue en verso. Se cantaron las hazañas heroicas, las expediciones de guerras, y todos los grandes acontecimientos, no para entretener la imaginación de los oyentes, desfigurando la verdad de los hechos con ingeniosas ficciones, como más adelante se hizo, sino con el mismo objeto que se propusieron después los historiadores y cronistas que escribieron en prosa. Tal fue la primera epopeya o poesía narrativa: una historia en verso, destinada a transmitir de una en otra generación los sucesos importantes para perpetuar su memoria.

Mas, en aquella primera edad de las sociedades, la ignorancia, la credulidad y el amor a lo maravilloso, debieron por precisión adulterar la verdad histórica y plagarla de patrañas, que, sobreponiéndose sucesivamente unas tras otras, formaron aquel cúmulo de fábulas cosmogónicas, mitológicas y heroicas en que vemos hundirse la historia de los pueblos cuando nos remontamos a sus fuentes. Los *rapsodos* griegos, los *escaldos* germánicos, los *bardos* bretones, los *troveres* franceses, y los antiguos *romanceros* castellanos, pertenecieron desde luego a la clase de poetas historiadores, que al principio se propusieron simplemente versificar la historia; que la llenaron de cuentos maravillosos y de tradiciones populares, adoptados sin examen, y generalmente creídos; y que después,

---

<sup>1</sup> Fue publicado primeramente este artículo en *El Araucano*, de Santiago de Chile, en la entrega correspondiente al 5 de febrero de 1841, n° 545. Se reimprimió luego en los *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXI, Santiago de Chile, julio de 1862, pp. 3-11. En los repertorios bibliográficos aparece la siguiente edición en libro: *La Araucana, juicio por Andrés Bello*, México, Tip. de V. G. Torres, calle de San Juan de Letrán, núm. 3, 1862, 200 p. El artículo de Bello ocupa sólo las pp. 3-25, pero por el hecho de dar título al volumen ha inducido a error.

Se incluyó el trabajo de Bello en O. C. VI, pp. 459-470. Hemos restituido algunas lecturas según el texto de *El Araucano*, evidentemente mal trascritas en las ediciones posteriores. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).



engalanándola con sus propias invenciones, crearon poco a poco y sin designio un nuevo género, el de la historia ficticia. A la epopeya-historia, sucedió entonces la epopeya-histórica, que toma prestados sus materiales a los sucesos verdaderos y celebra personajes conocidos, pero entreteje con lo real lo ficticio, y no aspira ya a cautivar la fe de los hombres, sino a embelesar su imaginación.

En las lenguas modernas se conserva gran número de composiciones que pertenecen a la época de la epopeya-historia. ¿Qué son, por ejemplo, los poemas devotos de Gonzalo de Berceo, sino biografías y relaciones de milagros, compuestas candorosamente por el poeta, y recibidas con una fe implícita por sus crédulos contemporáneos?

No queremos decir que después de esta separación, la historia, contaminada más o menos por tradiciones apócrifas, dejase de dar materia al verso. Tenemos ejemplo de lo contrario en España, donde la costumbre de poner en coplas los sucesos verdaderos, o reputados tales, que llamaban más la atención subsistió largo tiempo, y puede decirse que ha durado hasta nuestros días, bien que con una notable diferencia en la materia. Si los romanceros antiguos celebraron en sus cantares las glorias nacionales, las victorias de los reyes cristianos de la Península sobre los árabes, las mentidas proezas de Bernardo del Carpio, las fabulosas aventuras de la casa de Lara, y los hechos, ya verdaderos, ya supuestos, de Fernán González, Ruy Díaz y otros afamados capitanes; si pusieron algunas veces a contribución hasta la historia antigua, sagrada y profana; en las edades posteriores el valor, la destreza y el trágico fin de bandoleros famosos, contrabandistas y toreros, han dado más frecuente ejercicio a la pluma de los poetas vulgares y a la voz de los ciegos.

En el siglo XIII, fue cuando los castellanos cultivaron con mejor suceso la epopeya-historia. De las composiciones de esta clase que se dieron a luz en los siglos XIV y XV, son muy pocas aquellas en que se percibe la menor vislumbre de poesía. Porque no deben confundirse con ellas, como lo han hecho algunos críticos traspirenaicos, ciertos romances narrativos, que, remedando el lenguaje de los antiguos copleros, se escribieron en el siglo XVII, y son obras acabadas, en que campean a la par la riqueza del ingenio y la perfección del estilo<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Cayeron en esta equivocación: Sismondi, *Littérature du Midi de l'Europe, chapitre 24*; el autor del *Tableau de la Littérature* (en el tomo 24 de la *Encyclopédie de Courtin*) párrafo 18; y otros varios. (NOTA DE BELLO).

Hay otra clase de romances viejos que son narrativos, pero sin designio histórico. Celébranse en ellos las lides<sup>3</sup> y amores de personajes extranjeros, a veces enteramente imaginarios; y a esta clase pertenecieron los de Galvano, Lanzarote del Lago, y otros caballeros de la Tabla Redonda, es decir, de la corte fabulosa de Arturo, rey de Bretaña (a quien los copleros llamaban Artus); o los de Roldán, Oliveros, Baldovinos, el marqués de Mantua, Ricarte de Normandía, Guido de Borgoña, y demás paladines de Carlomagno. Todos ellos no son más que copias abreviadas y descoloridas de los romances que sobre estos caballeros se compusieron en Francia y en Inglaterra desde el siglo XI. Donde empezó a brillar el talento inventivo de los españoles, fue en los *libros de caballería*.

Luego que la escritura comenzó a ser más generalmente entendida, dejó ya de ser necesario, para gozar del entretenimiento de las narraciones ficticias, el oír las de la boca de los *juglares y menestrales*, que, vagando de castillo en castillo y de plaza en plaza, y regocijando los banquetes, las ferias y las romerías, cantaban batallas, amores y encantamientos, al son del harpa y la vihuela. Destinadas a la lectura y no al canto, comenzaron a componerse en prosa: novedad que creemos no puede referirse a una fecha más adelantada que la de 1300. Por lo menos, es cierto que en el siglo XIV se hicieron comunes en Francia los romances en prosa. En ellos, por lo regular, se siguieron tratando los mismos asuntos que antes: Alejandro de Macedonia, Arturo y la Tabla Redonda, Tristán y la bella Iseo, Lanzarote del Lago, Carlomagno y sus doce pares, etc. Pero una vez introducida esta nueva forma de epopeyas o historias ficticias, no se tardó en aplicarla a personajes nuevos, por lo común enteramente imaginarios; y entonces fue cuando aparecieron los *Amadises*, los *Belianises*, los *Palmerines*, y la turbamulta de caballeros andantes, cuyas portentosas aventuras fueron el pasatiempo de toda Europa en los siglos XV y XVI. A la lectura y a la composición de esta especie de romances, se aficionaron sobremanera los españoles, hasta que el héroe inmortal de la Mancha la puso en ridículo, y la dejó consignada para siempre al olvido.

La forma prosaica de la epopeya no pudo menos de frecuentarse y cundir tanto más, cuanto fue propagándose en las naciones modernas el cultivo de las letras, y especialmente el de las artes elementales de leer y escri-

---

<sup>3</sup> En los *Anales de la Universidad de Chile*, XXI, julio de 1862, p. 4, y en O. C. VI, p. 461, decía "ideas" por "lides". Nos atenemos al texto de *El Araucano*. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

bir. Mientras el arte de representar las palabras con signos visibles fue desconocido totalmente, o estuvo al alcance de muy pocos, el metro era necesario para fijarlas en la memoria, y para transmitir de unos tiempos y lugares a otros los recuerdos y todas las revelaciones del pensamiento humano. Mas, a medida que la cultura intelectual se difundía, no sólo se hizo de menos importancia esta ventaja de las formas poéticas, sino que, refinado el gusto, impuso leyes severas al ritmo, y pidió a los poetas composiciones pulidas y acabadas. La epopeya métrica vino a ser a un mismo tiempo menos necesaria y más difícil; y ambas causas debieron extender más y más el uso de la prosa en las historias ficticias, que destinadas al entretenimiento general se multiplicaron y variaron al infinito, sacando sus materiales, ya de la fábula, ya de la alegoría, ya de las aventuras caballerescas, ya de un mundo pastoril no menos ideal que el de la caballería andantesca, ya de las costumbres reinantes; y en este último género, recorrieron todas las clases de la sociedad y todas las escenas de la vida, desde la corte hasta la aldea, desde los salones del rico hasta las guaridas de la miseria y hasta los más impuros escondrijos del crimen.

Estas descripciones de la vida social, que en castellano se llaman *novelas* (aunque al principio sólo se dio este nombre a las de corta extensión, como las *Ejemplares* de Cervantes), constituyen la epopeya favorita de los tiempos modernos, y es lo que en el estado presente de las sociedades representa las *rapsodias* del siglo de Homero, y los *romances rimados* de la media edad. A cada época social, a cada modificación de la cultura, a cada nuevo desarrollo de la inteligencia, corresponde una forma peculiar de historias ficticias. La de nuestro tiempo es la novela. Tanto ha prevalecido la afición a las realidades positivas, que hasta la epopeya versificada ha tenido que descender a delinearlas, abandonando sus hadas y magos, sus islas y jardines encantados, para dibujarnos escenas, costumbres y caracteres, cuyos originales han existido o podido existir realmente. Lo que caracteriza las historias ficticias que se leen hoy día con más gusto) ya estén escritas en prosa o en verso, es la pintura de la naturaleza física y moral reducida a sus límites reales. Vemos con placer en la epopeya griega y romántica, y en las ficciones del Oriente, las maravillas producidas por la agencia de seres sobrenaturales; pero sea que esta misma, por rica que parezca, esté agotada, o que las invenciones de esta especie nos empalaguen y sacien más pronto, o que, al leer las producciones de edades y países lejanos, adoptemos como por una convención tácita, los principios, gustos y preocupaciones bajo cuya influencia se escribieron,

mientras que sometemos las otras al criterio de nuestras creencias y sentimientos habituales, lo cierto es que buscamos ahora en las obras de imaginación que se dan a luz en los idiomas europeos, otro género de actores y de decoraciones, personajes a nuestro alcance, agencias calculadas, sucesos que no salgan de la esfera de lo natural y verosímil. El que introdujese hoy día la maquinaria de la *Jerusalén Libertada* en un poema épico, se expondría ciertamente a descontentar a sus lectores.

Y no se crea que la musa épica tiene por eso un campo menos vasto en que explayarse. Por el contrario, nunca ha podido disponer de tanta multitud de objetos eminentemente poéticos y pintorescos. La sociedad humana, contemplada a la luz de la historia en la serie progresiva de sus transformaciones, las variadas fases que ella nos presenta en las oleadas de sus revoluciones religiosas y políticas, son una veta inagotable de materiales para los trabajos del novelista y del poeta. Walter Scott y lord Byron han hecho sentir el realce que el espíritu de facción y de secta es capaz de dar a los caracteres morales, y el profundo interés que las perturbaciones del equilibrio social pueden derramar sobre la vida doméstica. Aun el espectáculo del mundo físico, ¿cuántos nuevos recursos no ofrece al pincel poético, ahora que la tierra, explorada hasta en sus últimos ángulos, nos brinda con una copia infinita de tintes locales para hermosear las decoraciones de este drama de la vida real, tan vario y tan fecundo de emociones? Añádanse a esto las conquistas de las artes, los prodigios de la industria, los arcanos de la naturaleza revelados a la ciencia; y dígase si, descartadas las agencias de seres sobrenaturales y la magia, no estamos en posesión de un caudal de materiales épicos y poéticos, no sólo más cuantioso y vario, sino de mejor calidad que el que beneficiaron el Ariosto y el Tasso. ¡Cuántos siglos hace que la navegación y la guerra suministran medios poderosos de excitación para la historia ficticia! Y sin embargo, lord Byron ha probado prácticamente que los viajes y los hechos de armas bajo sus formas modernas son tan adaptables a la epopeya como lo eran bajo las formas antiguas; que es posible interesar vivamente en ellos sin traducir a Homero; y que la guerra, cual hoy se hace, las batallas, sitios y asaltos de nuestros días, son objetos susceptibles de matices poéticos tan brillantes como los combates de los griegos y troyanos, y el saco y ruina de Ilión.

Nec minimum meruere decus vestigia graeca  
Ausi deserere et celebrare domestica facta.

En el siglo XVI, el romance métrico llegaba a su apogeo en el poema inmortal del Ariosto, y desde allí empezó a declinar, hasta que desapareció del todo, envuelto en las ruinas de la caballería andantesca, que vio sus últimos días en el siglo siguiente. En España, el tipo de la forma italiana del romance métrico es el *Bernardo* del obispo Valbuena, obra ensalzada por un partido literario mucho más de lo que merecía, y deprimida consiguientemente por otro con igual exageración e injusticia. Es preciso confesar que en este largo poema algunas pinceladas valientes, una paleta rica de colores, un gran número de aventuras y lances ingeniosos, de bellas comparaciones y de versos felices, compensan difícilmente la prolijidad insoportable de las descripciones y cuentos, el impropio y desatinado lenguaje de los afectos, y el sacrificio casi continuo de la razón a la rima, que, lejos de ser esclava de Valbuena, como pretende un elegante crítico español, le manda tiránica, le tira acá y allá con violencia, y es la causa principal de que su estilo narrativo aparezca tan embarazado y tortuoso.

El romance métrico desocupaba la escena para dar lugar a la epopeya clásica, cuyo representante es el Tasso: cultivada con más o menos suceso en todas las naciones de Europa hasta nuestros días, y notable en España por su fecundidad portentosa, aunque generalmente desgraciada. La *Austriada*, el *Monserate*, y la *Araucana*, se reputan por los mejores poemas de este género, en lengua castellana escritos; pero los dos primeros apenas son leídos en el día sino por literatos de profesión, y el tercero se puede decir que pertenece a una especie media, que tiene más de histórico y positivo, en cuanto a los hechos, y por lo que toca a la manera, se acerca más al tono sencillo y familiar del romance.

Aun tomando en cuenta la *Araucana* si adhiriésemos al juicio que han hecho de ella algunos críticos españoles y de otras naciones, sería forzoso decir que la lengua castellana tiene poco de qué gloriarse. Pero siempre nos ha parecido excesivamente severo este juicio. El poema de Ercilla se lee con gusto, no sólo en España y en los países hispano-americanos, sino en las naciones extranjeras; y esto nos autoriza para reclamar contra la decisión precipitada de Voltaire, y aun contra las mezquinas alabanzas de Bouterwek. De cuantos han llegado a nuestra noticia<sup>4</sup> Martínez de la

---

<sup>4</sup> Después de escrito este artículo, hemos visto el de la *Biographie Universelle*, V. ERCILLA. Su autor, M. Bocous, nos ha parecido un inteligente y justo apreciador de la *Araucana*. (NOTA DE BELLO).

Rosa ha sido el primero que ha juzgado a la *Araucana* con discernimiento; mas, aunque en lo general ha hecho justicia a las prendas sobresalientes que la recomiendan, nos parece que la rigidez de sus principios literarios ha extraviado alguna vez sus fallos<sup>5</sup>. En lo que dice de *lo mal elegido del asunto*, nos atrevemos a disentir de su opinión. No estamos dispuestos a admitir que una empresa, para que sea digna del canto épico, deba ser *grande*, en el sentido que dan a esta palabra los críticos de la escuela clásica; porque no creemos que el interés con que se lee la epopeya, se mida por la extensión de leguas cuadradas que ocupa la escena, y por el número de jefes y naciones que figuran en la comparsa. Toda acción que sea capaz de excitar emociones vivas, y de mantener agradablemente suspensa la atención, es digna de la epopeya, o, para que no disputemos sobre palabras, puede ser el sujeto de una narración poética interesante. ¿Es más grande, por ventura, el de la *Odisea* que el que eligió Ercilla? ¿Y no es la *Odisea* un excelente poema épico? El asunto mismo de la *Iliada*, desnudo del esplendor con que supo vestirlo el ingenio de Homero, ¿a qué se reduce en realidad? ¿Qué hay tan importante y grandioso en la empresa de un reyezuelo de Micenas, que, acaudillando otros reyezuelos de la Grecia, tiene sitiada diez años la pequeña ciudad de Ilión, cabecera de un pequeño distrito, cuya oscurísima corografía ha dado y da materia a tantos estériles debates entre los eruditos? Lo que hay de grande, espléndido y magnífico en la *Iliada*, es todo de Homero.

Bajo otro punto de vista, pudiera aparecer mal elegido este asunto. Ercilla, escribiendo los hechos en que él mismo intervino, los hechos de sus compañeros de armas, hechos conocidos de tantos, contrajo la obligación de sujetarse algo servilmente a la verdad histórica. Sus contemporáneos no le hubieran perdonado que introdujese en ellos la vistosa fantasmagoría con que el Tasso adornó los tiempos de la primera cruzada, y Valbuena, la leyenda fabulosa de *Bernardo del Carpio*. Este atavío de maravillas, que no repugnaba al gusto del siglo XVI, requería, aun entonces, para emplearse oportunamente y hacer su efecto, un asunto en que el trascurso de los siglos hubiese derramado aquella oscuridad misteriosa que predispone a la imaginación a recibir con docilidad los prodigios: *Datur haec venia antiquitati ut miscendo humana divinis primordia urbium augustiora faciat* [Tito Livio]. Así es que el episodio postizo del mago Fitón es una de las cosas que se leen con menos placer en la *Araucana*. Sentado,

<sup>5</sup> En el prólogo a sus *Poesías*, publicadas en el año de 1836, hace ya profesión de una fe literaria más laxa y tolerante, que la de su *Arte poética*. (NOTA DE BELLO).

pues, que la materia de este poema debía tratarse de manera que, en todo lo sustancial, y especialmente en lo relativo a los hechos de los españoles, no se alejase de la verdad histórica, ¿hizo Ercilla tan mal en elegirla? Ella sin duda no admitía las hermosas tramoyas de la *Jerusalén* o del *Bernardo*. Pero ¿es éste el único recurso del arte para cautivar la atención? La pintura de costumbres y caracteres vivientes, copiados al natural no con la severidad de la historia, sino con aquel colorido y aquellas menudas ficciones que son de la esencia de toda narrativa gráfica, y en que Ercilla podía muy bien dar suelta a su imaginación, sin sublevar contra sí la de sus lectores y sin desviarse de la fidelidad del historiador mucho más que Tito Livio en los anales de los primeros siglos de Roma; una pintura hecha de este modo, decimos, era susceptible de atavíos y gracias que no desdijesen del carácter de la antigua epopeya, y conviniesen mejor a la era filosófica que iba a rayar en Europa. Nuestro siglo no reconoce ya la autoridad de aquellas leyes convencionales con que se ha querido obligar al ingenio a caminar perpetuamente por los ferrocarriles de la poesía griega y latina. Los vanos esfuerzos que se han hecho después de los días del Tasso para componer epopeyas interesantes, vaciadas en el molde de Homero y de las reglas aristotélicas, han dado a conocer que era ya tiempo de seguir otro rumbo. Ercilla tuvo la primera inspiración de esta especie; y si en algo se le puede culpar, es en no haber sido constantemente fiel a ella.

Para juzgarle, se debe también tener presente que su protagonista es Caupolicán y que las concepciones en que se explaya más a su sabor, son las del heroísmo araucano. Ercilla no se propuso, como Virgilio, halagar el orgullo nacional de sus compatriotas. El sentimiento dominante de la *Araucana* es de una especie más noble: el amor a la humanidad, el culto de la justicia, una admiración generosa al patriotismo y denuedo de los vencidos. Sin escasear las alabanzas a la intrepidez y constancia de los españoles, censura su codicia y crueldad. ¿Era más digno del poeta lisonjear a su patria, que darle una lección de moral? La *Araucana* tiene, entre todos los poemas épicos, la particularidad de ser en ella actor el poeta; pero un actor que no hace alarde de sí mismo, y que, revelándonos, como sin designio, lo que pasa en su alma en medio de los hechos de que es testigo, nos pone a la vista, junto con el pundonor militar y caballeresco de su nación, sentimientos rectos y puros que no eran ni de la milicia, ni de la España, ni de su siglo.

Aunque Ercilla tuvo menos motivo para quejarse de sus compatriotas como poeta que como soldado, es innegable que los españoles no han hecho hasta ahora de su obra todo el aprecio que merece; pero la posteridad empieza ya a ser justa con ella. No nos detendremos a enumerar las prendas y bellezas que, además de las dichas, la adornan; lo primero, porque Martínez de la Rosa ha desagraviado en esta parte al cantor de Caupolicán; y lo segundo, porque debemos suponer que la *Araucana*, la *Eneida* de Chile, compuesta en Chile, es familiar a los chilenos, único hasta ahora de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico.

Mas, antes de dejar la *Araucana*, no será fuera de propósito decir algo sobre el tono y estilo peculiares de Ercilla, que han tenido tanta parte, como su parcialidad a los indios, en la especie de disfavor con que la *Araucana* ha sido mirada mucho tiempo en España. El estilo de Ercilla es llano, templado, natural; sin énfasis, sin oropeles retóricos, sin arcaísmos, sin trasposiciones artificiosas. Nada más fluido, terso y diáfano. Cuando describe, lo hace siempre con las palabras propias. Si hace hablar a sus personajes, es con las frases del lenguaje ordinario, en que naturalmente se expresaría la pasión de que se manifiestan animados. Y sin embargo, su narración es viva, y sus arengas elocuentes. En éstas, puede compararse a Homero, y algunas veces le aventaja. En la primera, se conoce que el modelo que se propuso imitar fue el Ariosto; y aunque ciertamente ha quedado inferior a él en aquella negligencia llena de gracias, que es el más raro de los primores del arte, ocupa todavía (por lo que toca a la ejecución, que es de lo que estamos hablando), un lugar respetable entre los épicos modernos, y acaso el primero de todos, después de Ariosto y el Tasso.

La epopeya admite diferentes tonos, y es libre al poeta elegir entre ellos el más acomodado a su genio y al asunto que va a tratar. ¿Qué diferencia no hay, en la epopeya histórico-mitológica, entre el tono de Homero y el de Virgilio? Aun es más fuerte en la epopeya caballeresca el contraste entre la manera desembarazada, traviesa, festiva, y a veces burlona del Ariosto, y la marcha grave, los movimientos compasados, y la artificiosa simetría del Tasso. Ercilla eligió el estilo que mejor se prestaba a su talento narrativo. Todos los que, como él, han querido contar con individualidad, han esquivado aquella elevación enfática, que parece desdeñarse de des-



cender a los pequeños pormenores, tan propios, cuando se escogen con tino, para dar vida y calor a los cuadros poéticos.

Pero este tono templado y familiar de Ercilla, que a veces (es preciso confesarlo) degenera en desmayado y trivial, no pudo menos de rebajar mucho el mérito de su poema a los ojos de los españoles en aquella edad de refinada elegancia y pomposa grandiosidad, que sucedió en España al gusto más sano y puro de los Garcilasos y Leones. Los españoles abandonaron la sencilla y expresiva naturalidad de su más antigua poesía, para tomar en casi todas las composiciones no jocosas un aire de majestad, que huye de rozarse con las frases idiomáticas y familiares, tan íntimamente enlazadas con los movimientos del corazón, y tan poderosas para excitarlos. Así es que, exceptuando los romances líricos, y algunas escenas de las comedias, son raros desde el siglo XVII en la poesía castellana los pasajes que hablan el idioma nativo del espíritu humano. Hay entusiasmo, hay calor; pero la naturalidad no es el carácter dominante. El estilo de la poesía seria se hizo demasiadamente artificial; y de puro elegante y remontado, perdió mucha parte de la antigua facilidad y soltura, y acertó pocas veces a trasladar con vigor y pureza las emociones del alma. Corneille y Pope pudieran ser representados con tal cual fidelidad en castellano; pero ¿cómo traducir en esta lengua los más bellos pasajes de las tragedias de Shakespeare, o de los poemas de Byron? Nos felicitamos de ver al fin vindicados los fueros de la naturaleza y la libertad del ingenio. Una nueva era amanece para las letras castellanas. Escritores de gran talento, humanizando la poesía, haciéndola descender de los zancos en que gustaba de empinarse, trabajan por restituirla su primitivo candor y sus ingenuas gracias, cuya falta no puede compensarse con nada.

# Poesía



# ALOCUCIÓN A LA POESÍA<sup>1</sup>

## FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO “AMÉRICA”

### I

Divina Poesía,  
tú de la soledad habitadora,  
a consultar tus cantos enseñada  
con el silencio de la selva umbría,  
tú a quien la verde gruta fué morada,  
y el eco de los montes compañía;  
tiempo es que dejes ya la culta Europa,  
que tu nativa rustiquez desama,  
y dirijas el vuelo adonde te abre  
el mundo de Colón su grande escena.  
También propicio allí respeta el cielo  
la siempre verde rama  
con que al valor coronas;  
también allí la florecida vega,  
el bosque enmarañado, el sesgo río,  
colores mil a tus pinceles brindan;  
y Céfito revuela entre las rosas;

---

<sup>1</sup> Se publicó en *Biblioteca Americana*, Londres 1823, la primera gran revista de Bello en la capital inglesa. En el tomo I, p. 3-16; y en el tomo II, sección I (única publicada), p. 1-12. Tenía el siguiente título: “*Alocución a la Poesía, en que se introducen las alabanzas de los pueblos e individuos americanos, que más se han distinguido en la guerra de la independencia. (Fragmentos de un poema inédito, titulado “América”)*”. De ahí derivan las demás publicaciones. El año 1824 se reimprimió en Buenos Aires, en *Teatro de la opinión*, II, N° 6. Anotamos, como singular reedición, la de la parte del tomo I de *Biblioteca Americana*, impresa en 1826, en París: *La flor Colombiana, biblioteca escogida de las patriotas americanas o colección de los trozos más selectos en prosa y verso*. Tomo Primero, pp. 259-275. Al publicar Andrés Bello en el *Repertorio Americano* I, Londres, octubre de 1826, el poema *La agricultura de la zona tórrida*, la denomina *Silva I*, de las *Silvas Americanas*, grandioso plan de poesía que él mismo explica en nota: “A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la Biblioteca Americana bajo el título ‘América’. El autor pensó refundirlas todas en un solo poema; convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones y adiciones. En esta primera apenas se hallarán dos o tres versos de aquellos fragmentos”.

Los borradores inéditos del poema “América” constituyen un material tan copioso que se ha reservado para el tomo II de la presente edición de *Obras Completas* de Bello. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

y fúlgidas estrellas  
tachonan la carroza de la noche;  
y el rey del cielo entre cortinas bellas  
de nacaradas nubes se levanta;  
y la avecilla en no aprendidos tonos  
con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué a ti, silvestre ninfa, con las pompas  
de dorados alcázares reales?  
A tributar también irás en ellos,  
en medio de la turba cortesana,  
el torpe incienso de servil lisonja?  
No tal te vieron tus más bellos días,  
cuando en la infancia de la gente humana,  
maestra de los pueblos y los reyes,  
cantaste al mundo las primeras leyes.  
No te detenga, oh diosa,  
esta región de luz y de miseria,  
en donde tu ambiciosa  
rival Filosofía,  
que la virtud a cálculo somete,  
de los mortales te ha usurpado el culto;  
donde la coronada hidra amenaza  
traer de nuevo al pensamiento esclavo  
la antigua noche de barbarie y crimen;  
donde la libertad vano delirio,  
fe la servilidad, grandeza el fasto,  
la corrupción cultura se apellida.  
Descuelga de la encina carcomida  
tu dulce lira de oro, con que un tiempo  
los prados y las flores, el susurro  
de la floresta opaca, el apacible  
murmurar del arroyo transparente,  
las gracias atractivas  
de Natura inocente,  
a los hombres cantaste embelesados;  
y sobre el vasto Atlántico tendiendo  
las vagorosas alas, a otro cielo,  
a otro mundo, a otras gentes te encamina,

do viste aún su primitivo traje  
la tierra, al hombre sometida apenas;  
y las riquezas de los climas todos  
América, del Sol joven esposa,  
del antiguo Oceano hija postrera,  
en su seno férax cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿qué alta cumbre,  
qué prado ameno, qué repuesto bosque  
harás tu domicilio? ¿en qué felice  
playa estampada tu sandalia de oro  
será primero? ¿dónde el claro río  
que de Albión los héroes vió humillados,  
los azules pendones reverbera  
de Buenos Aires, y orgulloso arrastra  
de cien potentes aguas los tributos  
al atónito mar? ¿o dónde emboza  
su doble cima el Avila entre nubes<sup>2</sup>,  
y la ciudad renace de Losada?<sup>3</sup>  
¿O más te sonreirán, Musa, los valles  
de Chile afortunado, que enriquecen  
rubias cosechas, y süaves frutos;  
do la inocencia y el candor ingenuo  
y la hospitalidad del mundo antiguo  
con el valor y el patriotismo habitan?  
¿O la ciudad que el águila posada<sup>4</sup>  
sobre el nopal mostró al azteca errante,<sup>5</sup>  
y el suelo de inexhaustas venas rico,  
que casi hartaron la avarienta Europa?  
Ya de la mar del Sur la bella reina,  
a cuyas hijas dió la gracia en dote  
Naturaleza, habitación te brinda  
bajo su blando cielo, que no turban  
lluvias jamás, ni embravecidos vientos.

---

<sup>2</sup> Monte vecino a Caracas. (NOTA DE BELLO).

<sup>3</sup> Fundador de Caracas (NOTA DE BELLO).

<sup>4</sup> Méjico (NOTA DE BELLO).

<sup>5</sup> Nación americana, fundadora de Méjico (NOTA DE BELLO).

¿O la elevada Quito  
harás tu albergue, que entre canas cumbres  
sentada, oye bramar las tempestades  
bajo sus pies, y etéreas auras bebe  
a tu celeste inspiración propicias?  
Mas oye do tronando se abre paso  
entre murallas de peinada roca,  
y envuelto en blanca nube de vapores,  
de vacilantes iris matizada,  
los valles va a buscar del Magdalena  
con salto audaz el Bogotá espumoso.  
Allí memorias de tempranos días  
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce  
y nativa inocencia venturosos,  
sustento fácil dió a sus moradores,  
primera prole de su fértil seno,  
Cundinamarca; antes que el corvo arado  
violase el suelo, ni extranjera nave  
las apartadas costas visitara.  
Aún no aguzado la ambición había  
el hierro atroz; aún no degenerado  
buscaba el hombre bajo oscuros techos  
el albergue, que grutas y florestas  
saludable le daban y seguro,  
sin que señor la tierra conociese,  
los campos valla, ni los pueblos muro.  
La libertad sin leyes florecía,  
todo era paz, contento y alegría;  
cuando de dichas tantas envidiosa  
Huitaca bella, de las aguas diosa<sup>6</sup>,  
hinchando el Bogotá, sumerge el valle.  
De la gente infeliz parte pequeña  
asilo halló en los montes;  
el abismo voraz sepulta el resto.  
Tú cantarás cómo indignó el funesto  
estrageo de su casi extinta raza  
a Nenqueteba, hijo del Sol; que rompe

---

<sup>6</sup> Huitaca, mujer de Nenqueteba o Bochica, legislador de los muisca. V. Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. I. (NOTA DE BELLO).

con su cetro divino la enriscada  
montaña, y a las ondas abre calle;  
el Bogotá, que inmenso lago un día  
de cumbre a cumbre dilató su imperio,  
de las ya estrechas márgenes, que asalta  
con vana furia, la prisión desdeña,  
y por la brecha hirviendo se despeña.  
Tú cantarás cómo a las nuevas gentes  
Nenqueteba piadoso leyes y artes  
y culto dió; después que a la maligna  
ninfa mudó en lumbrera de la noche,  
y de la luna por la vez primera  
surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve a celebrar las maravillas  
del ecuador: canta el vistoso cielo  
que de los astros todos los hermosos  
coros alegran; donde a un tiempo el vasto  
Dragón del norte su dorada espira  
desvuelve en torno al luminar inmóvil  
que el rumbo al marinero audaz señala,  
y la paloma cándida de Arauco  
en las australes ondas moja el ala.  
Si tus colores los más ricos mueles  
y tomas el mejor de tus pinceles,  
podrás los climas retratar, que entero  
el vigor guardan genital primero  
con que la voz omnipotente, oída  
del hondo caos, hinchó la tierra, apenas  
sobre su informe faz aparecida,  
y de verdura la cubrió y de vida.  
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso  
que vuestros verdes laberintos puebla,  
y en varias formas y estatura y galas  
hacer parece alarde de sí mismo,  
poner presumirá nombre o guarismo?  
En densa muchedumbre  
ceibas, acacias, mirtos se entretejen,  
bejucos, vides, gramas;



las ramas a las ramas,  
pugnando por gozar de las felices  
auras y de la luz, perpetua guerra  
hacen, y a las raíces  
angosto viene el seno de la tierra.

¡Oh quién contigo, amable Poesía,  
del Cauca a las orillas me llevara,  
y el blando aliento respirar me diera  
de la siempre lozana primavera  
que allí su reino estableció y su corte!  
¡Oh si ya de cuidados enojosos  
exento, por las márgenes amenas  
del Aragua moviese  
el tardo incierto paso;  
o reclinado acaso  
bajo una fresca palma en la llanura,  
viese arder en la bóveda azulada  
tus cuatro lumbres bellas,  
oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas  
mides al caminante  
por la espaciosa soledad errante;  
o del cucuy las luminosas huellas  
viese cortar el aire tenebroso,  
y del lejano tambo a mis oídos  
viniera el son del yaraví amoroso!<sup>7</sup>

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado  
algún Marón americano, ¡oh diosa!  
también las mieses, los rebaños cante,  
el rico suelo al hombre avasallado,  
y las dádivas mil con que la zona  
de Febo amada al labrador corona;  
donde cándida miel llevan las cañas,  
y animado carmín la tuna cría,  
donde tremola el algodón su nieve,  
y el ananás sazona su ambrosía;  
de sus racimos la variada copia

---

<sup>7</sup> Yaraví, tonada triste del Perú, y de los llanos de Colombia. (NOTA DE BELLO).

rinde el palmar, da azucarados globos  
el zapotillo, su manteca ofrece  
la verde palta, da el añil su tinta,  
bajo su dulce carga desfallece  
el banano, el café el aroma acendra  
de sus albos jazmines, y el cacao  
cuaja en urnas de púrpura su almendra.

.....

Mas ¡ah! ¿prefieres de la guerra impía  
los horrores decir, y al son del parche  
que los maternos pechos estremece,  
pintar las huestes que furiosas corren  
a destrucción, y el suelo hinchen de luto?  
¡Oh si ofrecieses menos fértil tema  
a bélicos cantares, patria mía!  
¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado  
la sangre de tus hijos y la ibera?  
¿Qué páramo no dió en humanos miembros  
pasto al cóndor? ¿Qué rústicos hogares  
salvar su oscuridad pudo a las furias  
de la civil discordia embravecida?  
Pero no en Roma obró prodigio tanto  
el amor de la patria, no en la austera  
Esparta, no en Numancia generosa;  
ni de la historia da página alguna,  
Musa, más altos hechos a tu canto.  
¿A qué provincia el premio de alabanza,  
o a qué varón tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero,  
que, vencedor de cien sangrientas lides,  
muriendo, el suelo consagró de Talca;  
y la memoria eternizar desea  
de aquellos granaderos de a caballo  
que mandó en Chacabuco Necochea.  
¿Pero de Maipo la campiña sola  
cuán larga lista, oh Musa, no te ofrece,  
para que en tus cantares se repita,

de campeones cuya frente adorna  
el verde honor que nunca se marchita?  
Donde ganó tan claro nombre Bueras,  
que con sus caballeros denodados  
rompió del enemigo las hileras;  
y donde el regimiento de Coquimbo  
tantos héroes contó como soldados.

.....

¿De Buenos Aires la gallarda gente  
no ves, que el premio del valor te pide?  
Castelli osado, que las fuerzas mide  
con aquel monstruo que la cara esconde  
sobre las nubes y a los hombres huella;  
Moreno, que abogó con digno acento  
de los opresos pueblos la querella;  
y tú que de Suipacha en las llanuras  
diste a tu causa agüero de venturas,  
Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento  
que la tierra natal de glorias rica  
hicisteis con la espada o con la pluma,  
si el justo galardón se os adjudica,  
no temeréis que el tiempo le consuma.

.....

Ni sepultada quedará en olvido  
la Paz que tantos claros hijos llora,

ni Santacruz, ni menos Chuquisaca,  
ni Cochabamba, que de patrio celo  
ejemplos memorables atesora,  
ni Potosí de minas no tan rico  
como de nobles pechos, ni Arequipa  
que de Vizcardo con razón se alaba,  
ni a la que el Rímac las murallas lava,  
que *de los reyes* fué, ya de sí propia,  
ni la ciudad que dió a los Incas cuna,  
leyes al sur, y que si aún gime esclava,  
virtud no le faltó, sino fortuna.

Pero la libertad, bajo los golpes  
que la ensangrientan, cada vez más brava,  
más indomable, nuevos cuellos yergue,  
que al despotismo harán soltar la clava.  
No largo tiempo usurpará el imperio  
del sol la hispana gente advenediza,  
ni al ver su trono en tanto vituperio  
de Manco Cápac gemirán los manes.  
De Angulo y Pumacagua la ceniza  
nuevos y más felices capitanes  
vengarán, y a los hados de su pueblo  
abrirán vencedores el camino.  
Huid, días de afán, días de luto,  
y acelerad los tiempos que adivino.

.....

Diosa de la memoria, himnos te pide  
el imperio también de Motezuma,  
que, rota la coyunda de Iturbide,  
entre los pueblos libres se numera.  
Mucho, nación bizarra mejicana,  
de tu poder y de tu ejemplo espera  
la libertad; ni su esperanza es vana,  
si ajeno riesgo escarmentarte sabe,  
y no en un mar te engolfas que sembrado  
de los fragmentos ves de tanta nave.  
Llegada al puerto venturoso, un día  
los héroes cantarás a que se debe  
del arresto primero la osadía;  
que a veteranas filas rostro hicieron  
con pobre, inculta, desarmada plebe,  
excepto de valor, de todo escasa;  
y el coloso de bronce sacudieron,  
a que tres siglos daban firme basa.  
Si a brazo más feliz, no más robusto,  
poderlo derrocar dieron los cielos,  
de Hidalgo, no por eso, y de Morelos  
eclipsará la gloria olvido ingrato,  
ni el nombre callarán de Guanajuato

los claros fastos de tu heroica lucha,  
ni de tanta ciudad, que, reducida  
a triste yermo, a un enemigo infama  
que, vencedor, sus pactos sólo olvida;  
que hace exterminio, y sumisión lo llama.  
.....

Despierte (oh Musa, tiempo es ya) despierte  
algún sublime ingenio, que levante  
el vuelo a tan espléndido sujeto,  
y que de Popayán los hechos cante  
y de la no inferior Barquisimeto,  
y del pueblo también, cuyos hogares<sup>8</sup>  
a sus orillas mira el Manzanares;  
no el de ondas pobre y de verdura exhausto,  
que de la regia corte sufre el fausto,  
y de su servidumbre está orgulloso,  
mas el que de aguas bellas abundoso,  
como su gente lo es de bellas almas,  
del cielo, en su cristal sereno, pinta  
el puro azul, corriendo entre las palmas  
de esta y aquella deliciosa quinta;  
que de Angostura las proezas cante,  
de libertad inexpugnable asilo,  
donde la tempestad desoladora  
vino a estrellarse; y con süave estilo  
de Bogotá los timbres diga al mundo,  
de Guayaquil, de Maracaibo (ahora  
agobiada de bárbara cadena)  
y de cuantas provincias Cauca baña,  
Orinoco, Esmeralda, Magdalena,  
y cuantas bajo el nombre colombiano;  
con fraternal unión se dan la mano.  
.....

Mira donde contrasta sin murallas  
mil porfiados ataques Barcelona.  
Es un convento el último refugio

---

<sup>8</sup> Cumaná. (NOTA DE BELLO).

de la arrestada, aunque pequeña, tropa  
que la defiende; en torno el enemigo,  
cuantos conoce el fiero Marte, acopia  
medios de destrucción; ya por cien partes  
cede al batir de las tonantes bocas  
el débil muro, y superior en armas  
a cada brecha una legión se agolpa.  
Cuanto el valor y el patriotismo pueden,  
el patriotismo y el valor agotan;  
mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena  
pintarás el horror, tú que a las sombras  
belleza das, y al cuadro de la muerte  
sabes encadenar la mente absorta.  
Tú pintarás al vencedor furioso  
que ni al anciano trémulo perdona,  
ni a la inocente edad, y en el regazo  
de la insultada madre al hijo inmola.  
Pocos reserva a vil suplicio el hierro;  
su rabia insana en los demás desfoga  
un enemigo que hacer siempre supo,  
más que la lid, sangrienta la victoria.  
Tú pintarás de Chamberlén el triste  
pero glorioso fin. La tierna esposa  
herido va a buscar; el débil cuerpo  
sobre el acero ensangrentado apoya;  
estréchala a su seno. “Libertarme  
de un cadalso afrentoso puede sola  
la muerte (dice); este postrero abrazo  
me la hará dulce; ¡adiós!” Cuando con pronta  
herida va a matarse, ella, atajando  
el brazo, alzado ya, “¿tú a la deshonra,  
tú a ignominiosa servidumbre, a insultos  
más que la muerte horribles, me abandonas?  
Para sufrir la afrenta, falta (dice)  
valor en mí; para imitarte, sobra.  
Muramos ambos”. Hieren  
a un tiempo dos aceros  
entrambos pechos; abrazados mueren.

.....

Pero ¿al de Margarita qué otro nombre  
deslucirá? ¿donde hasta el sexo blando  
con los varones las fatigas duras  
y los peligros de la guerra parte;  
donde a los defensores de la patria  
forzoso fué, para lidiar, las armas  
al enemigo arrebatat lidiando;  
donde el caudillo, a quien armó Fernando  
de su poder y de sus fuerzas todas  
para que de venganzas le saciara,  
al inexperto campesino vulgo  
que sus falanges denodado acosa,  
el campo deja en fuga ignominiosa?

.....

Ni menor prez los tiempos venideros  
a la virtud darán de Cartagena.  
No la domó el valor; no al hambre cede,  
que sus guerreros ciento a ciento siega.  
Nadie a partidos viles presta oídos;  
cuantos un resto de vigor conservan,  
lánzanse al mar, y la enemiga flota  
en mal seguros leños atraviesan.  
Mas no el destierro su constancia abate,  
ni a la desgracia la cerviz doblegan;  
y si una orilla dejan, que profana  
la usurpación, y las venganzas yerman,  
ya a verla volverán bajo estandartes  
que a coronar el patriotismo fuerzan  
a la fortuna, y les darán los cielos  
a indignas manos arrancar la presa.  
En tanto, por las calles silenciosas,  
acaudillando armada soldadesca,  
entre infectos cadáveres, y vivos  
en que la estampa de la Parca impresa  
se mira ya, su abominable triunfo  
la restaurada inquisición pasea;  
con sacrílegos himnos los altares  
haciendo resonar, a su honda cueva

desciende enhambrecida, y en las ansias  
de atormentados mártires se ceba.

.....

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado  
a la sagrada lid tanto caudillo?  
¡Ah que entre escombros olvidar pareces,  
turbio Catuche, tu camino usado!<sup>9</sup>  
¿Por qué en tu margen el rumor festivo  
calló? ¿Dó está la torre bulliciosa  
que pregonar solía,  
de antorchas coronada,  
la pompa augusta del solemne día?<sup>10</sup>  
Entre las rotas cúpulas que oyeron  
sacros ritos ayer, torpes reptiles  
anidan, y en la sala que gozosos  
banquetes vió y amores, hoy sacude  
la grama del erial su infausta espiga.  
Pero más bella y grande resplandeces  
en tu desolación, ¡oh patria de héroes!  
tú que, lidiando altiva en la vanguardia  
de la familia de Colón, la diste  
de fe constante no excedido ejemplo;  
y si en tu suelo desgarrado al choque  
de destructivos terremotos, pudo  
tremolarse algún tiempo la bandera  
de los tiranos, en tus nobles hijos  
viviste inexpugnable, de los hombres  
y de los elementos vencedora.  
Renacerás, renacerás ahora;  
florecerán la paz y la abundancia  
en tus talados campos; las divinas  
Musas te harán favorecida estancia,  
y cubrirán de rosas tus rüinas.

---

<sup>9</sup> *Catuche*. Riachuelo que corre por la parte de Caracas en que hizo más estragos el terremoto de 1812. (NOTA DE BELLO).

<sup>10</sup> Cercano al Anauco están las ruinas de San Lázaro, asilo en un tiempo de pobres lázaros, y palacio, después, de los capitanes generales de Venezuela, donde obsequiaban éstos, con fausto, a los célebres extranjeros que visitaban Caracas. (ARÍSTIDES ROJAS).



.....

¡Colombia! ¿qué montaña, qué ribera,  
qué playa inhospital, donde antes sólo  
por el furor se vió de la pantera  
o del caimán el suelo en sangre tinto;  
cuál selva tan oscura, en tu recinto,  
cuál queda ya tan solitaria cima,  
que horror no ponga y grima,  
de humanas osamentas hoy sembrada,  
feo padrón del sanguinario instinto  
que también contra el hombre al hombre anima?  
Tu libertad ¿cuán caro  
compraste! ¿cuánta tierra devastada!  
¿cuánta familia en triste desamparo!  
Mas el bien adquirido al precio excede.  
¿y cuánto nombre claro  
no das también al templo de memoria?

Con los de Codro y Curcio el de Ricaurte  
vivirá, mientras hagan el humano  
pecho latir la libertad, la gloria.  
Vióle en sangrientas lides el Aragua  
dar a su patria lustre, a España miedo;  
el despotismo sus falanges dobla,  
y aun no sucumbe al número el denuedo.  
A sorprender se acerca una columna  
el almacén que con Ricaurte guarda  
escasa tropa; él, dando de los suyos  
a la salud lo que a la propia niega,  
aléjalos de sí; con ledo rostro  
su intento oculta. Y ya de espeso polvo  
se cubre el aire, y cerca se oye el trueno  
del hueco bronce, entre dolientes ayes  
de inerme vulgo, que a los golpes cae  
del vencedor; mas no, no impunemente:  
Ricaurte aguarda de una antorcha armado.  
Y cuando el puesto que defiende mira  
de la contraria hueste rodeado,

que, ebria de sangre, a fácil presa avanza;  
cuando el punto fatal, no a la venganza,  
(que indigna juzga), al alto sacrificio  
con que llenar el cargo honroso anhela,  
llegado ve, ¡*Viva la patria!* clama;  
la antorcha aplica; el edificio vuela.

Ni tú de Ribas callarás la fama,  
a quien vió victorioso Niquitao,  
Horcones, Ocumare, Vigirima,  
y, dejando otros nombres, que no menos  
dignos de loa Venezuela estima,  
Urica, que ilustrarle pudo sola,  
donde de heroica lanza atravesado  
mordió la tierra el sanguinario Boves,  
monstruo de atrocidad más que española.  
¿Qué, si de Ribas a los altos hechos  
dió la fortuna injusto premio al cabo?  
¿Qué, si cautivo el español le insulta?  
¿Si perecer en el suplicio le hace  
a vista de los suyos? ¿Si su yerta  
cabeza expone en afrentoso palo?  
Dispensa a su placer la tiranía  
la muerte, no la gloria, que acompaña  
al héroe de la patria en sus cadenas,  
y su cadalso en luz divina baña.

Así expiró también, de honor cubierto,  
entre víctimas mil, Baraya, a manos  
de tus viles satélites, Morillo;  
ni el duro fallo a mitigar fué parte  
de la mísera hermana el desamparo,  
que, lutos arrastrando, acompañada  
de cien matronas, tu clemencia implora.  
“Muera (respondes) el traidor Baraya,  
y que a destierro su familia vaya”.  
Baraya muere, mas su ejemplo vive.  
¿Piensas que apagarás con sangre el fuego  
de libertad en tantas almas grandes?

Del Cotopaxi ve a extinguir la hoguera  
que ceban las entrañas de los Andes.  
Mira correr la sangre de Rovira,  
a quien lamentan Mérida y Pamplona;  
y la de Freites derramada mira,  
el constante adalid de Barcelona;  
Ortiz, García de Toledo expira;  
Granados, Amador, Castillo muere;  
yace Cabal, de Popayán llorado,  
llorado de las ciencias; fiero bala  
el pecho de Camilo Torres hierre;  
Gutiérrez el postrero aliento exhala;  
perece Pombo, que, en el banco infausto,  
el porvenir glorioso de su patria  
con profético acento te revela;  
no la íntegra virtud salva a Torices;  
no la modestia, no el ingenio a Caldas.  
De luto está cubierta Venezuela,  
Cundinamarca desolada gime,  
Quito sus hijos más ilustres llora.  
Pero ¿cuál es de tu crueldad el fruto?  
¿A Colombia otra vez Fernando oprime?  
¿Méjico a su visir postrada adora?  
¿El antiguo tributo  
de un hemisferio esclavo a España llevas?  
¿Puebla la inquisición sus calabozos  
de americanos; o españolas cortes  
dan a la servidumbre formas nuevas?  
¿De la sustancia de cien pueblos, graves  
la avara Cádiz ve volver sus naves?  
Colombia vence; libertad los vanos  
cálculos de los déspotas engaña;  
y fecundos tus triunfos inhumanos,  
mas que a ti de oro, son de oprobio a España.  
Pudo a un Cortés, pudo a un Pizarro el mundo  
la sangre perdonar que derramaron;  
imperios con la espada conquistaron;  
mas a ti ni aun la vana, la ilusoria  
sombra, que llama gloria

el vulgo adorador de la fortuna,  
adorna; aquella efímera victoria  
que de inermes provincias te hizo dueño,  
como la aérea fábrica de un sueño  
desvaneciöse, y nada deja, nada  
a tu nación, excepto la vergüenza  
de los delitos con que fué comprada.  
Quien te pone con Alba en paralelo,  
¡oh cuánto yerra! En sangre bañó el suelo  
de Batavia el ministro de Felipe;  
pero si fué crüel y sanguinario,  
bajo no fué; no acomodando al vario  
semblante de los tiempos su semblante,  
ya desertor del uno,  
ya del otro partido,  
sólo el de su interés siguió constante;  
no alternativamente  
fué soldado feroz, patriota falso;  
no dió a la inquisición su espada un día,  
y por la libertad lidió el siguiente;  
ni traficante infame del cadalso,  
hizo de los indultos granjería.

Musa, cuando las artes españolas  
a los futuros tiempos recordares,  
víctimas inmoladas a millares;  
pueblos en soledades convertidos;  
la hospitalaria mesa, los altares  
con sangre fraternal enrojecidos;  
de exánimes cabezas decoradas  
las plazas; aun las tumbas ultrajadas;  
doquiera que se envainan las espadas,  
entronizado el tribunal de espanto,  
que llama a cuentas el silencio, el llanto,  
y el pensamiento a su presencia cita,  
que premia al delator con la sustancia  
de la familia mísera proscrita,  
y a peso de oro, en nombre de Fernando,  
vende el permiso de vivir temblando;

puede ser que parezcan tus verdades  
delirios de estragada fantasía  
que se deleita en figurar horrores;  
mas ¡oh de Quito ensangrentadas paces!  
¡oh de Valencia abominable jura!  
¿será jamás que lleguen tus colores,  
oh Musa, a realidad tan espantosa?  
A la hostia consagrada, en religiosa  
solemnidad expuesta, hace testigo  
del alevoso pacto el jefe ibero<sup>11</sup>;  
y entre devotas preces, que dirige  
al cielo, autor de la concordia, el clero,  
en nombre del presente Dios, en nombre  
de su monarca y de su honor, a vista  
de entrambos bandos y del pueblo entero,  
a los que tiene puestos ya en la lista  
de proscripción, fraternidad promete.  
Celébrase en espléndido banquete  
la paz; los brindis con risueña cara  
recibe... y ya en silencio se prepara  
el desenlace de este drama infando;  
el mismo sol que vió jurar las paces,  
Colombia, a tus patriotas vió expirando.

A ti también, Javier Ustáriz, cupo  
mísero fin; atravesado fuiste  
de hierro atroz a vista de tu esposa  
que con su llanto enternecer no pudo  
a tu verdugo, de piedad desnudo;  
en la tuya y la sangre de sus hijos  
a un tiempo la infeliz se vió bañada.  
¡Oh Maturín! ¡oh lúgubre jornada!  
¡Oh día de aflicción a Venezuela,  
que aún hoy, de tanta pérdida preciosa,  
apenas con sus glorias se consuela!  
Tú en tanto en la morada de los justos  
sin duda el premio, amable Ustáriz, gozas  
debido a tus fatigas, a tu celo

---

<sup>11</sup> Boves. (NOTA DE BELLO).

de bajos intereses desprendido;  
alma incontaminada, noble, pura,  
de elevados espíritus modelo,  
aun en la edad oscura  
en que el premio de honor se dispensaba  
sólo al que a precio vil su honor vendía,  
y en que el rubor de la virtud, altivo  
desdén y rebelión se interpretaba.  
La música, la dulce poesía  
¿son tu delicia ahora, como un día?  
¿O a más altos objetos das la mente,  
y con los héroes, con las almas bellas  
de la pasada edad y la presente,  
conversas, y el gran libro desarrollas  
de los destinos del linaje humano,  
y los futuros casos de la grande  
lucha de libertad, que empieza, lees,  
y su triunfo universal lejano?  
De mártires que dieron por la patria  
la vida, el santo coro te rodea:  
Régulo, Trásea, Marco Bruto, Decio,  
cuantos inmortaliza Atenas libre,  
cuantos Esparta y el romano Tibre;  
los que el bátavo suelo y el helvecio  
muriendo consagraron, y el britano;  
Padilla, honor del nombre castellano;  
Caupolicán<sup>12</sup> y Guacaipuro<sup>13</sup> altivo,  
y España osado; con risueña frente<sup>14</sup>  
Guatimozín te muestra el lecho ardiente;  
muéstrate Gual la copa del veneno<sup>15</sup>;

---

<sup>12</sup> *Caupolicán*. Véase el poema de Ercilla, y particularmente su canto XXXIV. (NOTA DE BELLO).

<sup>13</sup> *Guacaipuro*. Cacique de una de las tribus caraqueñas, que, por no entregarse a los españoles, consintió ser abrasado vivo en su choza. (NOTA DE BELLO).

<sup>14</sup> *España*. Uno de los jefes de la conspiración tramada en Caracas y La Guaira a fines del siglo pasado; véase el *Viaje* de Depons, cap. 3 t. I. (NOTA DE BELLO).

<sup>15</sup> *Gual*. Compañero de España; envenenado en la isla de Trinidad por un agente del gobierno español. (NOTA DE BELLO).

Luisa el crüento azote<sup>16</sup>  
y tú, en el blanco seno,  
las rojas muestras de homicidas balas,  
heroica Policarpa, le señalas<sup>17</sup>,  
tú que viste expirar al caro amante  
con firme pecho, y por ajenas vidas  
diste la tuya, en el albor temprano  
de juventud, a un bárbaro tirano.

¡Miranda! de tu nombre se gloria  
también Colombia; defensor constante  
de sus derechos; de las santas leyes,  
de la severa disciplina amante.  
Con reverencia ofrezco a tu ceniza  
este humilde tributo, y la sagrada  
rama a tu efigie venerable ciño,  
patriota ilustre, que, proscrito, errante,  
no olvidaste el cariño  
del dulce hogar, que vió mecer tu cuna;  
y ora blanco a las iras de fortuna,  
ora de sus favores halagado,  
la libertad americana hiciste  
tu primer voto, y tu primer cuidado.  
Osaste, solo, declarar la guerra  
a los tiranos de tu tierra amada;  
y desde las orillas de Inglaterra,  
diste aliento al clarín, que el largo sueño  
disipó de la América, arrullada  
por la superstición. Al noble empeño  
de sus patricios, no faltó tu espada;  
y si, de contratiempos asaltado  
que a humanos medios resistir no es dado,  
te fué el ceder forzoso, y en cadena  
a manos perecer de una perfidia,  
tu espíritu no ha muerto, no; resuena,

---

<sup>16</sup> *Luisa Cáceres de Arismendi*, la joven esposa del jefe republicano de la isla Margarita. (ARÍSTIDES ROJAS).

<sup>17</sup> *Policarpa Salavarrieta*, heroína de Cundinamarca sacrificada en las aras de la libertad. (ARÍSTIDES ROJAS).

resuena aún el eco de aquel grito  
con que a lidiar llamaste; la gran lidia  
de que desarrollaste el estandarte,  
triunfa ya, y en su triunfo tienes parte.

Tu nombre, Girardot, también la fama  
hará sonar con inmortales cantos,  
que del Santo Domingo en las orillas  
dejas de tu valor indicios tantos.  
¿Por qué con fin temprano el curso alegre  
cortó de tus hazañas la fortuna?  
Caíste, sí; mas vencedor caíste;  
Y de la patria el pabellón triunfante  
sombra te dió al morir, enarbolado  
sobre las conquistadas baterías,  
de los usurpadores sepultura.  
Puerto Cabello vió acabar tus días,  
mas tu memoria no, que eterna dura.

Ni menos estimada la de Roscio  
será en la más remota edad futura.  
Sabio legislador le vió el senado,  
el pueblo, incorruptible magistrado,  
honesto ciudadano, amante esposo,  
amigo fiel, y de las prendas todas  
que honran la humanidad cabal dechado.  
Entre las olas de civil borrasca,  
el alma supo mantener serena;  
con rostro igual vió la sonrisa aleve  
de la fortuna, y arrastró cadena;  
y cuando del baldón la copa amarga  
el canario soez pérfidamente<sup>18</sup>  
le hizo agotar, la dignidad modesta  
de la virtud no abandonó su frente.  
Si de aquel ramo que Gradivo empapa  
de sangre y llanto está su sien desnuda,  
¿cuál otro honor habrá que no le cuadre?  
De la naciente libertad, no sólo

---

<sup>18</sup> Monteverde. (NOTA DE BELLO).



fué defensor, sino maestro y padre.

No negará su voz divina Apolo  
a tu virtud, ¡oh Piar!, su voz divina,  
que la memoria de alentados hechos  
redime al tiempo y a la Parca avara.  
Bien tus proezas Maturín declara,  
y Cumaná con Güiría y Barcelona,  
y del Juncal el memorable día,  
y el campo de San Félix las pregona,  
que con denuedo tanto y bizarría  
las enemigas filas disputaron,  
pues aún postradas por la muerte guardan  
el orden triple en que a la lid marcharon.  
¡Dichoso, si Fortuna tu carrera  
cortado hubiera allí, si tanta gloria  
algún fatal deslíz no oscureciera!

Pero ¿ a dónde la vista se dirige  
que monumentos no halle de heroísmo?  
¿La retirada que Mac Gregor rige  
diré, y aquel puñado de valientes,  
que rompe osado por el centro mismo  
del poder español, y a cada huella  
deja un trofeo? ¿Contaré las glorias  
que Anzoátegui lidiando gana en ella,  
o las que de Carúpano en los valles,  
o en las campañas del Apure, han dado  
tanto lustre a su nombre, o como experto  
caudillo, o como intrépido soldado?  
¿El batallón diré que, en la reñida  
función de Bomboná, las bayonetas  
en los pendientes precipicios clava,  
osa escalar por ellos la alta cima<sup>19</sup>,  
y de la fortaleza se hace dueño

---

<sup>19</sup> En la Biblioteca Americana, este verso se lee:

*osa escalar por ellas la alta cima,*

pero es, sin duda, mejor lectura la que damos en el texto, tal como la dieron *Rojas Hermanos*, 1881, y Amunátegui, en O. C. III, 59.

que a las armas patricias desafiaba?  
¿Diré de Vargas el combate insigne,  
en que Rondón, de bocas mil, que muerte  
vomitan sin cesar, el fuego arrostra,  
el puente fuerza, sus guerreros guía  
sobre erizados riscos que aquel día  
oyeron de hombres la primer pisada,  
y al español sorprende, ataca, postra?  
¿O citaré la célebre jornada  
en que miró a Cedeño el anchuroso  
Caura, y a sus bizarros compañeros,  
llevados los caballos de la rienda,  
fiados a la boca los aceros,  
su honda corriente atravesar a nado,  
y de las contrapuestas baterías  
hacer huir al español pasmado?  
Como en aquel jardín que han adornado  
naturaleza y arte a competencia,  
con vago revolar la abeja activa  
la más sutil y delicada esencia  
de las más olorosas flores liba;  
la demás turba deja, aunque de galas  
brillante, y de süave aroma llena,  
y torna, fatigadas ya las alas  
de la dulce tarea, a la colmena;  
así el que osare con tan rico asunto  
medir las fuerzas, dudará qué nombre  
cante primero, qué virtud, qué hazaña;  
y a quien la lira en él y la voz pruebe,  
sólo dado será dejar vencida  
de tanto empeño alguna parte breve.

¿Pues qué, si a los que vivos todavía  
la patria goza (y plegue a Dios que el día  
en que los llore viuda, tarde sea)  
no se arredrare de elevar la idea?  
¿Si audaz cantare al que la helada cima  
superó de los Andes, y de Chile  
despedazó los hierros, y de Lima?

.....

¿O al que de Cartagena el gran baluarte  
hizo que de Colombia otra vez fuera?  
¿O al que en funciones mil pavor y espanto  
puso, con su marcial legión llanera,  
al español; y a Marte lo pusiera?  
¿O al héroe ilustre, que de lauro tanto  
su frente adorna, antes de tiempo cana,  
que en Cúcuta domó, y en San Mateo,  
y en el Araure la soberbia hispana;  
a quien los campos que el Arauca riega  
nombre darán, que para siempre dure,  
y los que el Cauca, y los que el ancho Apure;  
que en Gámeza triunfó, y en Carabobo,  
y en Boyacá, donde un imperio entero  
fué arrebatado al despotismo ibero?  
Mas no a mi débil voz la larga suma  
de sus victorias numerar compete;  
a ingenio más feliz, más docta pluma,  
su grata patria encargo tal comete;  
pues como aquel samán que siglos cuenta<sup>20</sup>,  
de las vecinas gentes venerado,  
que vió en torno a su basa corpulenta  
el bosque muchas veces renovado,  
y vasto espacio cubre con la hojosa  
copa, de mil inviernos victoriosa;  
así tu gloria al cielo se sublima,  
Libertador del pueblo colombiano;  
digna de que la lleven dulce rima  
y culta historia al tiempo más lejano.

---

<sup>20</sup> *Samán*. Especie agigantada del género *Mimosa*, común en Venezuela. (NOTA DE BELLO).